

194 SERMON PARA EL I. MARTES  
con que están los Bienaventurados en el templo ce-  
lestial. *Et ceciderunt in conspectu throni in facies  
suas. (a)*

## SEGUNDA PARTE.

**D**ios es espíritu y verdad: y por eso principal-  
mente quiere que le honremos en espíritu y  
verdad; y así esta disposición de abatimiento profundo  
que le debemos en nuestros templos, no consiste sola-  
mente en la postura exterior de nuestros cuerpos, sino  
que incluye también en sí, como la de los Bienaven-  
turados en el cielo, un espíritu de adoración, de ala-  
banza, de oración, y de acción de gracias: *Benedic-  
tio, & claritas, & gratiarum actio. (b)* Este es el es-  
píritu de religión y de abatimiento que nos pide Dios  
en el templo santo, semejante al de los Bienaventura-  
dos en el templo celestial. *Et ceciderunt in conspectu  
throni in facies suas. (c)*

Díxe, un espíritu de adoración; porque como aquí  
es donde Dios manifiesta sus maravillas y su suprema  
grandeza, y adonde baja desde el cielo para recibir  
nuestros respetos, el primer pensamiento que debe for-  
marse en nosotros, cuando entramos en este santo lu-  
gar, es un pensamiento de terror, de silencio, de re-  
cogimiento profundo, y de abatimiento interior á vista  
de la Magestad del Altísimo y de nuestra propia ba-  
xeza; no pensar más que en el Dios que se nos mani-  
fiesta; sentir todo el peso de su presencia y de su  
gloria; recoger toda nuestra atención, todos nuestros

(a) *Apoc. 7. v. 11.*

(b) *Apoc. 7. v. 12.*

(c) *Ibid.*

pensamientos, todos nuestros deseos, toda nuestra alma  
para ofrecersela y ponerla toda entera á los pies del Dios  
que adoramos. Olvidar todas las grandezas de la tierra;  
no mirar más que á él, no pensar más que en él, no  
conocer cosa mayor que él, y confesar con nuestro pro-  
fundo abatimiento, como los Bienaventurados en el  
cielo, que él solo es poderoso, solo inmortal, solo  
grande, solo digno de todo nuestro amor y de nues-  
tros respetos.

Peró ¡oh Católicos! ¿dónde se hallan en nuestros  
templos aquellas almas respetuosas y poseídas de un  
santo temor, que á vista de estos sagrados lugares sientan  
todo el peso de la magestad del Dios que los habita, y  
que no hallen mejor situación para sostener el resplandor  
de su presencia, que la inmortalidad de un cuerpo aba-  
tido, y la profunda religión de una alma que adora?  
¿Dónde están los que solamente piensan en la grande-  
za de Dios, y se olvidan aquí de todos los demás cui-  
dados de la tierra? Me tomo la libertad de decir en la  
presencia de un Rey, cuyo profundo respeto al pie de  
los altares honra la religión, que algunos vienen al san-  
to templo, no á honrar al Dios que en él habita, si-  
no las más veces á honrarse á sí mismos con un vano  
exterior de piedad, y á valerse de unos fines y de  
unos intereses que condena la verdadera devoción; vie-  
nen á doblar la rodilla, como Naamán delante del al-  
tar profano, para grangearse las atenciones, y seguir  
el exemplo de un Príncipe que adora; vienen aquí á  
buscar otro Dios distinto del que se manifiesta en  
nuestros altares, á hacer la corte, no al Señor sobe-  
rano, sino á otro Príncipe; á buscar otras gracias dis-  
tintas de las del cielo, y á grangearse las atenciones, no  
del remunerador inmortal, sino de otro remunerador.  
Es en su templo un Dios desconocido, aun en me-  
dio de una multitud de adoradores, como lo era an-  
tiguamente en la Pagana Athenas; aquí todas las mira-

das se dirigen al Principe, al mismo tiempo que él solamente mira á Dios; todos los votos se dirigen á él, sin que su profundo abatimiento al pie de los altares pueda enseñarnos á respetar aquí al Señor en cuya presencia un gran Rey, dueño del universo, por decirlo así, baxa su cabeza, y se olvida de toda su magestad, enseñandonos solamente á valerlos de su religion, y de los favores con que honra á la virtud, para valerlos de ésta, con el fin de subir por este medio á nuevos grados de grandeza en la tierra. ¡Oh Dios mio! No es esto lo que anunciabais á vuestros discipulos quando les deciais que vendria tiempo en que se apagaría la fé, en que serviría la devocion de vergonzoso comercio, y en que viviendo los hombres en la tierra sin Dios, no os conocerian mas que para haceros servir á sus injustos deseos!

Esta disposicion de abatimiento tambien encierra en sí un espíritu de oracion: porque quanto mas admiramos aquí la grandeza y el poder de Dios que adoramos, tanto mas nos avisan nuestras infinitas necesidades que recurramos á aquel de quien solamente podemos conseguir la libertad y el remedio. Por eso el templo es la casa de oracion, á la que todos deben venir á exponer al Señor sus mas ocultas miserias; en donde con súplicas comunes se le aplaca en orden á las calamidades públicas; en donde juntos los Ministros levantan las manos por los pecados del pueblo; y en donde los ojos del Señor siempre están abiertos para ver nuestras necesidades, y sus oídos atentos á nuestros clamores.

No quiero decir que no se pueda orar en todas partes, como dice el Apostol, pero el templo es el lugar en donde el Señor se manifiesta mas propicio, y en donde nos ha prometido estar siempre presente para oír nuestras súplicas, y recibir nuestros respetos. Sí, Católicos, aquí es á donde debemos venir á llorar  
con

con la Iglesia los escandalos que la afligen, las divisiones que la despedazan, los peligros que la rodean, la obstinacion de los pecadores, y la tibieza de la caridad entre los fieles; aquí venimos á implorar con ella las misericordias del Señor para su pueblo; que proteja á esta Monarquía, cuyos Soberanos se honran con el augusto título de la fé; y al Principe que es su protector y modelo; á pedirle que cesen las guerras y los públicos castigos; la extincion de los scismas y errores; el conocimiento y el amor de la justicia y de la verdad para los pecadores, y la perseverancia para los justos. Debeis, pues, venir aquí con un espíritu atento y recogido; con un corazón dispuesto, y que no presente cosa alguna á la vista de Dios que pueda apartar las gracias que la Iglesia solicita para vosotros, y presentaros con un exterior humilde, que demuestre que está adorando y suplicando.

No obstante, Católicos, mientras que los ministros al rededor del altar levantan aquí las manos por vosotros, mientras piden la prosperidad de vuestras casas, la abundancia de vuestros campos, la felicidad de vuestros ejércitos, la conservacion de vuestros parientes y de vuestros hijos, que exponen su vida por el bien del estado; mientras piden el fin de las guerras, de las disensiones, y de todas las desgracias que nos afligen, el remedio de vuestras caídas; y los socorros para vuestra flaqueza; mientras que están hablando á favor vuestro con un Dios santo, vosotros no os dignais ni aun de acompañar sus oraciones con vuestra atencion y respeto: deshonrais la santa gravedad de los gemidos de la Iglesia con un espíritu distraído, y con unas indecencias que apenas podrian tolerarse en aquellos infames lugares donde vais á oír las canciones profanas, sin que haya mas distincion, que el que allí una harmonía lasciva os mueve y os hace estar atentos; y aquí estais impacientes oyendo la santa harmonía de los

los divinos cánticos, y para hacerlos atender es preciso valerse de los mismos atractivos, y muchas veces de las mismas bocas que corrompen todos los dias los corazones en los teatros impuros y lascivos.

Por eso, Católicos, en vez de que las públicas oraciones debieran detener el brazo del Señor, que há tanto tiempo está levantado sobre nuestras cabezas; en vez de que las rogativas pedidas por el Principe, y mandadas por los Pastores, y que por todas partes resuenan en nuestros templos, debieran, como antiguamente, suspender los castigos del cielo, traernos unos dias serenos y tranquilos, reconciliar los Reyes y los pueblos, y hacer que baxase la paz del cielo á la tierra. ¡Oh! Aun duran los dias malos; los tiempos de turbacion, de luto, y de desolacion no se acaban; la guerra y el furor parece que han establecido para siempre su morada entre los hombres. La esposa desconsolada pide su esposo; el padre afligido espera en vano á su hijo; el hermano vive separado de su hermano. Aun nuestras mismas felicidades se visten de luto, y nos vemos precisados á llorar nuestras propias victorias: ¿De qué proviene esto, Católicos? ¡Ah! Proviene de que no son oídas las oraciones de la Iglesia, que son el unico principio de las gracias que Dios derrama sobre los reynos y sobre los Imperios, y en que obligais al Señor á que aparte sus oídos y sus ojos por las irreverencias con que las acompañais, haciendo que sean inútiles para la tierra.

Pero no solamente debeis presentaros aquí, Católicos, como quien suplica, y con un espíritu de oracion, por ser este el lugar, en donde el Señor derrama sus favores y sus gracias; sino que como aquí se renueva tambien la memoria de las que habeis recibido, debeis venir con un espíritu de reconocimiento y de accion de gracias, pues á qualquiera parte que volvais la vista todo os acuerda los beneficios de Dios,

y

y os representa sus eternas misericordias con vuestras almas.

Y primeramente, aquí es donde os hicieteis fieles con el Sacramento que nos reengedra; aquí fue donde la bondad de Dios, uniendolos por el Bautismo á la esperanza de Jesu-Christo, os distinguió de tantos bárbaros que no le conocen, y de tantos hereges que aunque le conocen, no le glorifican como deben; aquí fue donde prometisteis al Señor vuestra fé, y aun se conservan escritas sobre el altar vuestras promesas; aquí está el libro de la alianza que contraxisteis con el Dios de vuestros padres; y así no debeis venir aquí sino para ratificar las promesas de vuestro Bautismo, y para dár gracias al Señor, por el inestimable beneficio que os hizo en asociaros á su pueblo, y honraros con el nombre de Christianos; debeis conservar un amor tierno, y un respeto filial al dichoso seno de que nacisteis en Jesu-Christo; y la gloria de esta casa debe ser gloria vuestra.

¿Qué haceis, pues, quando en lugar de ofrecer á los pies de los altares vuestras acciones de gracias, á vista de un tan señalado beneficio, venís á deshonorarlos con vuestras irreverencias? Sois unos hijos desnaturalizados, que profanais el lugar de vuestro nacimiento segun la fé; unos Christianos pérfidos, que venís á retratar vuestras promesas delante de los mismos altares que fueron testigos de ellas; que venís á romper el tratado en el mismo sagrado lugar en que se hizo; á borraros del libro de la vida donde estaba escrito vuestro nombre con los de los fieles; á abjurar la religion de Jesu-Christo en la misma fuente en donde la recibisteis; á hacer gala de las pompas del siglo al pie del altar donde solemnemente las renunciasteis, y hacer profesion del mundo en donde la habiais hecho del Christianismo.

Aun no lo he dicho todo. Tambien en este santo lu-

lugar se vén por todas partes tribunales de reconciliación y de misericordia, en donde tantas veces habeis dexado el vergonzoso depósito de las infidelidades con que habeis manchado la gracia de vuestro Bautismo, y humillado la cabeza debaxo de la sagrada mano que os ha justificado con la virtud del santo ministerio: aquí es donde mil veces os ha dicho Jesu-Christo por boca de sus ministros: Hijo, tus pecados quedan perdonados; vé en paz, y no vuelvas á pecar en adelante, no sea que te suceda alguna cosa peor. Aquí es donde deshechos en lágrimas le habeis dicho muchas veces: Padre mio, yo pequé contra el cielo y contra vos. ¿Y es posible, Católicos, que en el mismo lugar en que tantas veces habeis hallado la gracia de el perdón, no solo os habeis de olvidar de el beneficio, sino que habeis de venir á empezar de nuevo vuestras ofensas? ¿Aquí mismo donde tantas veces habeis detestado las miradas, que fueron tan funestas á vuestra inocencia, habeis de venir á renovarlas; y aquí finalmente en donde tantas veces os habeis manifestado penitente, habeis de parecer aun mundano y profano? ¡Ah! ¿En vez de venir aquí á reconocer en los sagrados tribunales los desórdenes de vuestra vida; en vez de venir á renovar á su vista aquellas promesas de penitencia, aquellos sentimientos de compuncion, aquellos movimientos de confusion y vergüenza, de que tantas veces han sido depositarios; venís con la cabeza levantada, mirando á todas partes, y acaso, como se explica el Apostol, con los ojos llenos de delitos y adulterios, á renovar en su presencia las mismas infidelidades que allí habian expiado vuestras lágrimas, y hacerlos públicos testigos de las mismas prevaricaciones de que habian sido los secretos confidentes y el feliz remedio?

¿Qué mas he de decir, Católicos! El templo, en tercer lugar, es la casa de la verdad y de la doctrina,

na, aquí es donde por boca de los Pastores os anuncia la Iglesia las máximas de eterna salud, y los misterios del reyno de los cielos, ignorados de tantas naciones infieles: lo que debe ser para vosotros nuevo motivo de agradecimiento. ¡Pero ay! que mas os sirve de motivo de condenacion: aquí mismo donde desde los púlpitos Christianos os decimos todos los dias de parte de Jesu-Christo, que los impuros no poseerán el reyno de los cielos, venís á formar deseos profanos: aquí mismo donde se os advierte que habeis de dár cuenta hasta de una palabra ociosa, venís á proferir palabras de pecado: aquí mismo, finalmente, en donde os anunciamos que el que escandaliza, será desgraciado, venís á servir vosotros mismos de tropiezo y de escandalo: ¿Por qué os parece, Católicos, que la palabra del Evangelio que predicamos á los Príncipes y Grandes de la tierra no es mas que un metal que suena, y que es ya casi inutil nuestro ministerio? Bien puede suceder que nuestras ocultas flaquezas sirvan de obstáculo al fruto y adelantamiento del Evangelio, y que Dios no eche su bendicion á un ministerio, cuyos ministros son desagradables á sus ojos; pero además de esta razon de tanto abatimiento para nosotros, la que, á la verdad no podemos disimularos, ni disimularla á nosotros mismos, la profanacion de los templos, y el indecente y poco respetuoso modo con que asistís á ellos para oírnos, acaban de quitar su fuerza y su virtud á la palabra de que somos ministros. El Señor, apartandose de este santo lugar por vuestras profanaciones, ya no dá en él las gracias, que son las unicas causas de que fructifiquen su doctrina y su palabra. No mira estas asambleas, santas en otro tiempo, mas que como una concurrencia de mundanos, de sensuales, de ambiciosos, y de profanadores. ¿Pues cómo quereis que no aparte de aquí su vista, y que aquí fructifique la

palabra de su Evangelio? Reconciliad primeramente con él estas casas de verdad y de doctrina por medio de vuestros respetos, con vuestro recogimiento y devoción, y entonces el mismo Señor suplirá nuestros defectos, abrirá vuestro corazón para que reciba nuestras instrucciones, y su palabra no se volverá á él vacía.

Y á la verdad, Católicos, ¿de qué sirven las dedicaciones de los templos, y las oraciones tan solemnes que usa la Iglesia para consagrarlos, si vosotros los profanais todos los días con vuestra asistencia, y si borrais de estas paredes aquellos caracteres de santidad y de oración que en ellas dexaron las bendiciones del Pontífice, y que atraían sobre los asistentes las propicias miradas del Dios que aquí se invoca?

Pero finalmente, diré el último motivo que hace que vuestras irreverencias sean aun mas culpables y mas vergonzosas á la religion: venís al templo á ofrecer en algun modo con el Sacerdote el terrible Sacrificio, á renovar la oblacion de la Cruz, y á presentar á Dios la sangre de su Hijo como precio de vuestros pecados; y vosotros, Católicos, mientras que se celebran unos misterios tan augustos, mientras duran aquellos terribles momentos en que se abre el cielo sobre nuestros altares; en un tiempo en que se trata el negocio de vuestra eterna salud entre Jesu-Christo y su Padre; mientras que la sangre del Cordero corre sobre el altar para lavar vuestras manchas; mientras que los Angeles del cielo tiemblan y adoran; quando la gravedad de los ministros, la magestad de las ceremonias, y aun la piedad de los verdaderos fieles, que todo inspira terror, la reconocen y respetan, apenas doblais la rodilla, apenas mirais hácia el altar santo, en donde se consuman por vosotros unos misterios tan felices: estais en el templo como forzados; medís la duracion y lo largo del Sacrificio saludable; contais los momentos de un tiempo tan precioso para la tierra, y tan lleno de maravillas y  
de

de gracias para los hombres: Vosotros á quienes estorva tanto el tiempo, que le gastais inutilmente, y que casi no sabeis en que emplearle, ¿os quejais de la santa gravedad del ministro, y de la circunspeccion con que trata las cosas santas! ¡Ah! ¿Quereis que vuestros esclavos os sirvan con tanto respeto y precaucion, y habeis de querer al mismo tiempo que un Sacerdote revestido de toda su dignidad, que un Sacerdote que representa á Jesu-Christo, y que hace su oficio de mediador y de Pontífice con su Padre celestial, trate precipitadamente los santos misterios, y deshonor la presencia del Dios á quien está sirviendo, y que haga el Sacrificio con una celeridad escandalosa? ¡Oh Dios mio! ¿A qué tiempo hemos llegado? ¿Quién habia de creer que vuestros mas preciosos y mas señalados beneficios habian de llegar á ser molestos á los Christianos de nuestros siglos?

¡Ah! Los primeros fieles, que á diferentes horas del dia se juntaban en el templo á vista de su Pastor, para celebrar allí las alabanzas del Señor con hymnos y cánticos, y que casi no salian de aquellos sagrados lugares, se apartaban de ellos con pesar para cumplir con los negocios del siglo, y con las obligaciones de su estado. ¿Qué delicia sería, Católicos, el vér en aquellos felices tiempos la asamblea santa de los fieles en la casa de oración, colocado cada uno en el lugar que correspondia á su estado! En una parte los Solitarios, los Santos Confesores, y los simples fieles; en otra las Virgenes, las Viudas, y las mugeres ligadas con el santo vínculo del matrimonio; todos atentos á los santos misterios; todos mirando con lágrimas de gozo y de religion como corria sobre el altar la sangre del Cordero que aun humeaba, por decirlo así, y que poco antes habia sido crucificado á su vista; rogando por los Principes, por los Césares, por sus perseguidores, por sus hermanos, exórtandose mutuamente al martirio, gustando

tando el consuelo de las divinas Escrituras explicadas por sus santos Pastores, y figurando en la Iglesia de la tierra la alegría, la paz, la inocencia, y el profundo recogimiento de la Iglesia del cielo. ¡Qué hermosas, y qué resplandecientes eran entonces las tiendas de Jacob, aun estando como estaba la Iglesia oprimida y obscurecida! Aun los enemigos de la fé, los mismos profetas de los idolos viendo su buen orden, su magestad, y su inocencia, no podían menos de admirarlos y respetarlos: y hoy los mas rápidos momentos que aqui consagrais á la religion, y que debieran santificar lo restante de vuestros dias, suelen ser ellos mismos vuestros mas graves delitos.

Finalmente, Católicos, es necesario añadir á todas estas disposiciones de oracion, de adoracion, y de reconocimiento que os pide la santidad de nuestros templos, la modestia exterior, y la decencia de nuestros adornos y galas; que es la ultima disposicion de los Bienaventurados en el templo celestial: *Amicti stolis albis*, (a) será muy breve.

¿Es posible, mugeres del mundo, pues á vosotras es á quienes principalmente se dirige esta parte de mi discurso, es posible vuelvo á decir, que haya de haber necesidad de instruiros en este asunto? ¿Qué fin tiene todo ese aparato, no digo solamente de fausto y de vanidad, sino de inmodestia y de disolucion, con que os presentais en esta casa de oracion y de lágrimas? ¿Venís á disputar á Jesu-Christo las atenciones y los respetos de los que le adoran? ¿Venís á insultar los misterios que obran la salud de los fieles, intentando romper su corazon al pie de los altares en donde se ofrecen por ellos estos misterios? ¿Quereis que no haya lugar alguno en la tierra, ni aun el mismo templo, asilo de la religion y de la piedad, en que la inocencia pueda

(a) *Apocalyp. 7. v. 9.*

estar defendida de vuestra profana y lasciva desnudez? ¿No teneis en el mundo bastantes teatros impuros, bastantes asambleas de deleytes, en que poder gloriaros de ser la piedra de escandalo para vuestros próximos? Vuestras mismas casas abiertas á la diversion y á la alegría, ¿no son suficientes para que os dexeis vér en ellas con una indecencia, que en otro tiempo solamente convendria á las casas de disolucion y de escandalo? Esto dá motivo á que no respetandoos vosotras á vosotras mismas, se os falte al respeto de que ha sido siempre tan zelosa la política de nuestra nacion, porque solamente el pudor merece ser venerado. *Numquid domos non habetis ad manducandum, & bibendum?* (a). Como reprehendia San Pablo antiguamente á los fieles. ¿Es posible que aun habeis de manchar el santo templo con vuestras inmodestias? ¡Ah! Quando os presentais en los palacios donde habita el Soberano, dais á entender con la dignidad, y decencia del vestido grave y sério, el respeto que debeis á la magestad de su presencia; ¿y delante del Soberano del cielo y de la tierra os habeis de presentar sin precaucion, sin decencia, y sin modestia? ¿Y habeis de parecer á su vista con una desvergüenza que ofende aun á los ojos prudentes y juiciosos? Venís á turbar la atencion de los fieles, que creían hallar aqui un lugar de paz y de silencio, y un asilo contra todos los objetos de la vanidad, y aun á turbar el profundo recogimiento y la santa gravedad de los ministros, que están atentos al redor del altar, y á ofender con la indecencia de vuestros adornos la pureza de su vista, mientras se ocupan en las cosas santas.

Por eso queria el Apostol que las mugeres Christianas entrasen en el templo cubiertas con un velo, por cau-

(a) *1. Corinth. 11. v. 22.*

causa de los Angeles, esto es, de los Sacerdotes que en él están continuamente presentes delante de Dios, y cuya inocencia y pureza debe igualar á la de los Espiritus celestiales. Es verdad que en esto nos avisais tambien ; oh Dios mio! quál deba ser la santa gravedad, y el inviolable recogimiento de vuestros ministros en nuestros templos: que nosotros debemos tener aquí gravado en nuestra frente el santo terror de los misterios que ofrecemos, y el vivo é íntimo conocimiento de vuestra presencia; que solamente con el espectáculo de nuestra modestia debemos aquí inspirar respeto al pueblo que nos rodea; que quando estamos en el altar ocupados en el santo ministerio, no debemos manifestarnos mas enfadados, mas distraídos, y mas precipitados que la misma multitud que aquí asiste, y no autorizar sus irreverencias con las nuestras; porque ; oh Dios mio! la desolacion del santo lugar empezó por el mismo Santuario; en él se debilitó el respeto de los pueblos por no haber mantenido la santa gravedad del culto, y la magestad de las ceremonias; y vuestra casa no empezó á ser lugar de disolucion y de escandalo, hasta que nuestros mismos ministros la hicieron casa de negociacion, de impaciencia, y de avaricia. Pero, Católicos, aunque nuestro mal exemplo autorice vuestras profanaciones, no las escusa.

Y verdaderamente parece que Dios nunca las ha dexado sin castigo. A las vergonzosas indecencias de los hijos de Helí, que por tanto tiempo profanaron su casa, se siguieron las mas funestas calamidades: el Arca Santa vino á ser presa de los Filistéos, fue colocada al lado de Dagon en un templo infame, se marchitó la gloria de Israel, el Señor se retiró de su pueblo, se apagó la luz de Judá, faltó el Pontifice, y Jacob se halló de repente, sin altar y sin sacrificio.

No hay que dudar, Católicos, que las desgracias del siglo pasado, el furor de las heregías, la ruina de los altares, y de tantos y tan augustos templos, fue-  
ron

ron funestas conseqüencias de las irreverencias de nuestros padres. Era muy justo que el Señor abandonase unos templos en que habia sido ultrajado tanto tiempo: temamos, Católicos, el preparar á nuestros nietos las mismas calamidades, imitando los desordenes de nuestros predecesores: temamos el que irritado el Señor abandone algun dia estos templos que nosotros profanamos, y que vengan tambien á ser presa del error, y asilo de la heregía: y qué sé yo si ya empieza á prepararnos estas desgracias, permitiendo que la pureza y sencillez de la fé se altere en los espiritus, multiplicando unos hombres que se precian de sábios, de los que tanto abunda este siglo, que todo lo miden con las luces de una debil razon, que quisieran vér claramente los secretos de Dios, y que en vez de hacer de la religion el motivo de su culto y de su accion de gracias, la hacen motivo de sus dudas y de sus censuras. ; Terrible sois, Señor, en vuestros juicios! y algunas veces vuestros castigos son tanto mas rigurosos, quanto son mas lentos y mas tardos.

Traygamos pues á la memoria, Católicos, todos estos grandes motivos de religion; vengamos á este santo lugar con una devocion tierna y atenta; con un espiritu de oracion, de compuncion, de recogimiento, de accion de gracias, de adoracion, y de alabanza; no salgamos jamás de nuestros templos sin sacar alguna nueva gracia, pues está aquí el trono de misericordia, desde donde se reparten á todos los hombres: no salgais jamás sin un nuevo gusto para el cielo; sin nuevos deseos de acabar vuestros desordenes, y de uniros unicamente con Dios; sin envidiar la felicidad de los que le sirven, que pueden adorarle continuamente á los pies de los altares, y que están particularmente consagrados á este santo ministerio por su estado y por sus ejercicios. Decidle, como decia anti-  
gua-

guamente aquella Reyna estrangera á Salomón: Bienaventurados vuestros siervos, que siempre están en vuestra presencia, y no tienen mas habitacion que vuestra santa casa: *Beati servi tui, qui stant coram te semper.* (a) Y si las obligaciones de vuestro estado no os permiten el venir á adorar aquí al Señor en las diferentes horas del dia, en que se juntan sus ministros para alabarle, á lo menos dirigid siempre hácia este santo lugar vuestras súplicas y vuestros deseos, como hacian en otro tiempo los Israelítas: sean nuestros templos el mas suave consuelo de vuestras penas, el unico asilo de vuestras aflicciones, el recurso en vuestras necesidades, el mas seguro alivio de las molestias, cumplimientos, y penosas sujeciones del mundo: en una palabra, buscad en él el principio de aquella paz inalterable, cuya plenitud y consumacion no hallareis sino con los Bienaventurados en el templo eterno de la celestial Jerusalén. Amen.

---

NOTA ACERCA DE EL SERMON siguiente.

*En el tercer Domingo de Quaresma se hallará otro Sermon sobre la recaída, intitulado: De la inconstancia en los caminos de la salvacion: Este se compuso primero, pero juzgando despues el Ilustrisimo Señor Masillon que no se habia estendido bastante acerca de las verdades contenidas en la segunda parte, la trabajó de nuevo, y de las tres subdivisiones que*

(a) 3. Reg. c. 10. v. 8.

contiene, formó los tres puntos que componen el Sermon De la inconstancia en los caminos de la salvacion. No obstante no he tenido por conveniente el suprimir éste, por no privar al público de la primera parte, en que se hallan unas verdades muy útiles, y tratadas con aquella elegancia que este Ilustrisimo Prelado sabía dár á todo lo que escribía.

